

Traineras en la galerna

La presión de lo urgente, de cerrar las vías de agua que el confinamiento ha abierto en la liquidez de las empresas, en sus cadenas de suministro, en los planes del año, en la cartera de pedidos y en los presupuestos de nuestros clientes, nos tendrá ocupados durante los siguientes meses hasta caer rendidos. Al mismo tiempo, si antes decíamos que el entorno económico era incierto, lo que viene elevará exponencialmente esas dudas: ¿en qué momento podremos recuperar la normalidad?, ¿qué pasará en la UE?, ¿cuál será el siguiente capítulo en la guerra comercial China-USA?, ¿qué recortes habrá y cómo afectarán a mi actividad?

Muchos opinarán que es momento de centrarse en el día a día, en las oportunidades que se vayan abriendo a corto plazo, para tener foco y reaccionar con velocidad, para que no se escapen.

Fidias, el famoso escultor griego, representaba a Ocasión como una mujer hermosa de larga cabellera por delante que le cubre el rostro y calva o rapada por detrás, que sostenía un cuchillo con la mano derecha encima de una rueda siempre en movimiento. Si no la coges de los pelos cuando la ves llegar, una vez que pasa es imposible, no hay de dónde agarrar...

¿Para qué dedicar un minuto a pensar en el largo plazo, si la incertidumbre probablemente nos impida acertar? ¿Para qué distraernos en proyectos de largo plazo, cuando todos los recursos deben centrarse en sostener un día a día con un nivel de exigencia altísimo? Y sin embargo, qué importante que, en medio de la tormenta, el capitán esté en el puente de mando, dando instrucciones precisas para que la nave mantenga el rumbo, y no sea arrastrada por la deriva. Qué importante que entendamos las corrientes de fondo y los arrecifes que el cambio de marea está haciendo emerger, y podrían destrozar nuestra quilla si nos acercamos a ellos.

Claro que no hablo de la estrategia que consistía en poner números a los próximos cuatro años, para después ver en cuánto nos habíamos despistado. Me refiero a la estrategia emergente, que combina atención al corto plazo con la mirada a largo, que va corrigiendo las decisiones a medida que se despeja la bruma y los instrumentos nos ofrecen información actualizada.

La única fuerza que puede sacarnos de esta compleja situación es la que suma la energía de todas las personas que van en la nave de nuestra empresa, todas compartiendo los valores y la cultura de la empresa, todas con la mirada clavada en la boca del puerto.

Vuelvo muchas veces a un fragmento de la novela *Sotileza*, de Pereda. Es un poco larga, pero te la voy a reproducir entera, porque merece la pena. Igual que acercarse de vez en cuando a contemplar la incontenible fuerza del Cantábrico, cuando se desata una galerna. Igual que la estrategia, en estos tiempos malos para la lírica.

“Hasta entonces todo lo que fuera correr delante del temporal, era acercarse a la salvación; pero desde aquel momento podía ser tan peligroso el avance rápido como la detención involuntaria; porque la lancha se hallaba entre el huracán que la impelía, y el boquete que debía asaltarse en ocasión en que las mares no rompieran en él.

Andrés, que no lo ignoraba, parecía una estatua de piedra con ojos de fuego; los remeros, máquinas que se movían al mandato de una mirada suya; Reñales, no se atrevía a respirar.

Sobre el monte de Hano había una multitud de personas que contemplaban con espanto, y resistiendo mal los embates del furioso vendaval, la terrible situación de la lancha. Andrés, por fortuna suya y de cuantos iban con él, no miró entonces hacia arriba. Le robaba toda la atención el examen del horroroso campo en que iba a librarse la batalla decisiva.

De pronto gritó a sus remeros:
—¡Ahora!... ¡Bogar!... ¡Más!...

Y los remeros, sacando milagrosas fuerzas de sus largas fatigas, se alzaron rígidos en el aire, estribando en los bancos con los pies y colgados del remo con las manos.

Una ola colosal se lanzaba entonces al boquete, hinchada, reluciente, mugidora, y en lo más alto de su lomo cabalgaba la lancha a toda fuerza de remo.

El lomo llegaba de costa a costa; mejor que lomo, anillo de reptil gigantesco, que se desenvolvía de la cola a la cabeza.

El anillo aquél siguió avanzando por el boquete adentro hacia las Quebrantas, en cuyos arenales había de estrellarse rebramando; pasó bajo la quilla de la lancha, y ésta comenzó a deslizarse de popa como por la cortina de una cascada, hasta el fondo de la sima que la ola fugitiva había dejado atrás.

Allí se corría el riesgo de que la lancha se durmiera; pero Andrés pensaba en todo, y pidió otro esfuerzo heroico a sus remeros.

Hiciéronle; y remando para vencer el reflujo de la mar pasada, otra mayor que entraba, sin romper en el boquete, fue alzándola de popa y encaramándola en su lomo, y empujándola hacia el puerto.

La altura era espantosa, y Andrés sentía el vértigo de los precipicios; pero no se arredraba, ni su cuerpo perdía los aplomos en aquella posición inverosímil.

—¡Más!..., ¡más! —gritaba a los extenuados remeros, porque había llegado el momento decisivo.

Y los remos crujían, y los hombres jadeaban, y la lancha seguía encaramándose, pero ganando terreno.”